

# RELATOS Y OTROS CUENTOS





## La religión y el poder de la fuerza

Tener hijos pequeños nos obliga a acudir con ellos a determinados espectáculos. El otro día me tocó ir a ver Harry Potter... por tercera vez. Un fastidio. El cine estaba lleno de pequeños chillones. Y no es que a mí me importara el vocerío porque no me dejara escuchar los diálogos, que maldita la falta. Lo que ocurría es que no me dejaban dormir.

Yo estaba sentado en una fila un tanto delantera, porque al parecer no nos habíamos espabilado para comprar las entradas con el adelanto adecuado.

En general me irrita el ruido, pero ese griterío de niños de ocho, nueve o diez años, es que no lo soporto. Así que hubo un momento en que, no pudiendo aguantar más, me levanté del asiento y, lleno de furor —y con el imperdonable deseo de traumatizarles—, les grité: “*Los Reyes son los padres. ¡Qué coño!*”

Pero, más tarde, mi hija me sacó de la babia donde andaba yo metido. Por lo visto los niños no creen en los Reyes Magos ya desde antes de tener uso de razón. Son los propios padres los que les descubren la verdad, cuando los niños tienen tres o cuatro años, al hablar delante de ellos de los regalos que les van a comprar para Reyes. Al parecer no recordamos que nosotros descubrimos esa verdad del mismo modo.

Bueno, yo lo descubrí algo más tarde, he de reconocerlo, porque en lo que respecta a los regalos de Reyes, mis padres nunca hablaron delante de mí de los que iban a comprar... Ni delante ni detrás. Éramos muy pobres. Pero cuando tenía siete años, sí me echaron un regalo el día de los Reyes Magos.

En mi pueblo no “se hacen” regalos, “se echan”. Me echaron un mantecado. Me lo pusieron dentro de una bota llena de barro y sudor; de un par que había heredado de un primo mío, mayor que yo.

Cuando al levantarme descubrí que había algo en la bota, no me fue fácil acercarme para ver qué cosa era aquello. Así que lo saqué alargando la mano cuanto pude, para evitar en la medida de lo posible el apestoso olor que despedía, y me pasé un par de minutos observando el obsequio. No recuerdo si me lo comí.

Al año siguiente mi padre acababa de vender una vaca, y el mantecado me lo dejaron dentro de una pandereta rosa pálido, pequeña, de plástico, con unos dibujos de perritos en colores chillones. Se me cayeron las lágrimas de la emoción...

Mi hija solo confesó su incredulidad sobre los Reyes Magos cuando estuvo segura de que íbamos a seguir haciéndole los regalos, fuesen las que fuesen sus creencias. Hasta los catorce años no se destapó la tía... Yo no aguanté tanto. Enseguida les dije a mis padres que eso de los Reyes era una tontería, porque aunque la verdad era que yo no tenía muy claro si verdaderamente existían o no, descubrí muy pronto, sin embargo, que no me gustaban los mantecados. Y es que es curioso eso de las creencias religiosas. Como lo de la inmortalidad del alma, la resurrección de la carne, la vida detrás de la muerte; en fin... esas cosas... Parecen tonterías, pero a veces te crean problemas en la vida cotidiana.

Hace poco mi familia se vio abocada a tomar una decisión que a nuestro parecer constituía un problema religioso, al estar relacionado de alguna manera con eso de la inmortalidad. Se murió mi tío Manolo, un solterón, hermano tardío de mi madre; que fue, de toda la familia, el que más renuente fue en emigrar a la capital; porque estaba muy enamorado de su

comarca: La Vera toledana. Al poco tiempo de llegar aquí, a Madrid, el pobre tío Manolo contrajo una rara enfermedad que se lo llevó en tres meses. En sus postrimerías pensamos que, cuando se muriera, le incineraríamos y esparciríamos sus cenizas por toda su maravillosa comarca. Era la opinión de una hermana mía: Isabel; muy romántica. Pero, por otro lado, como el tío Manolo era muy pulcro, conspicuo y ordenado, pronto desistimos de la idea. Porque, como al incinerar a los muertos no les quitan los trajes, estábamos seguros de que a nuestro tío Manolo —que al fin y al cabo viviría aun estando muerto—, no le gustaría que esparciéramos sus cenizas, sin saber en qué sitio dejábamos caer una manga de la chaqueta y en qué otro un *güevo*. Y es que la religión sigue siendo un problema. Y no menor. Pues incluso dejando a un lado los fundamentalismos, las creencias religiosas pueden generar una cierta esquizofrenia, particularmente a los escolares.

Mi hija va a un colegio de monjas. Concertado. Los lunes de diez a once les enseñan Religión, y consecuentemente les enseñan que Dios creó el mundo en siete días. Ni uno más ni uno menos. Las estrellas el primero de ellos. Así, de un plumazo: ¡Zas, las estrellas! Pero de once a doce les dan Biología. Les enseñan el Big Bang, el Big Crunch y todas esas cosas de la evolución del Universo. Y naturalmente, en este caso, las estrellas tardan en formarse milloooooones... de años. Primero son *protoestrellas*, muchos siglos después *azul brillante*, milenios más tarde *estrella amarilla*, que luego de transcurrir muuuuucho tiempo se convierte en *gigante roja*, para terminar por ser, pasando no sé cuántos millones de años, una *enana blanca*.

La meritada compañera de mi hija, Amanda, se hace unos líos... No sabe si el dios Jesucristo nació antes de crear al mono pero después de las estrellas, o si es que se hizo hombre al sexto día... Bueno, lo de la Santísima Trinidad

mejor ni nombrárselo, porque el cerebro se le vuelve del revés. Pues si bien es verdad que lo de Dios uno y trino tampoco es tan difícil de entender, que en cuanto uno lee algo de filosofía todo empieza a encajar (“¿Que quién es Dios? Pues el Creador. ¿Y qué es Dios? Pues Dios es La Sustancia; ya lo dijeron Parménides, Descartes o Spinoza. ¿Qué es la Sustancia? Pues la Sustancia es Espíritu. Vamos, yo creo que está claro, ¿no?”), hay que reconocer que para los chavales la cosa debe resultar un poco borrosa. Por lo que, al menos en cuanto a la enseñanza de los pequeños inocentes se refiere, deberíamos dar pronto con una teoría unificada sobre el Hombre y el Universo, o los niños se van a volver tarumbas. Por eso yo creo que el verdadero problema en este aspecto, no es si se ha de enseñar Religión en los colegios y si esta debe ser evaluable o no; que la cosa es un tanto más profunda. Y más preocupante... Porque yo no entiendo a algunos padres. Creo que esos padres que exigen que a sus hijos se les enseñe Religión en los colegios, deberían al mismo tiempo exigir que no se les enseñe lo que en coherencia para ellos deberían ser obscenidades, como el Big Bang, la mitosis de las células o la ovulación en la mujer. Es más: ¿por qué las órdenes religiosas que se oponen a las leyes del Estado laico sobre enseñanza no se niegan a enseñar esas *guarrerías* en sus colegios concertados?! ¿No temen que los niños se vuelvan turuletas?

En coherencia, y mientras no se descubra esa *supercreencia unificada*, lo que se tiene que hacer es separar a los hijos de los cristianos de los hijos de los ateos materialistas. Y ya de paso, se tendrían que hacer colegios para hijos de católicos, separados por supuesto de los de los protestantes; colegios para los hijos de los musulmanes, para los hijos de los judíos... y, por supuesto, dentro del apartado de colegios para hijos de ateos materialistas, colegios aparte para hijos de maoístas,

leninistas y anarquistas. ¡Ah!, y también colegios separados para los sudacas: *latin kings* por un lado y *ñetas* por otro.

A día de hoy, esa sí que sería una verdadera libertad de enseñanza. “*A ver, señora: ¿usted qué quiere que sea su hijo de mayor?*”. “*Rico*”. “*Pues hala, con los judíos*”. “*¿Y usted?*”. “*Abogado*”. “*¿Abogado? Pues hala, también con los judíos*”.

Aunque, pensándolo bien, da igual lo que hagamos con nuestros hijos. He de reconocer que hoy me siento un poco pesimista. El otro día jugaba al *Trivial* mi quinceañera hija con sus amigas, y cuando salió la pregunta “*¿Quiénes habitan la franja de Gaza?*”, su amiga Amanda contestó con toda resolución: “*Los gazapos*”. Y se quedó tan ancha. Pero no se piensen que ninguna otra se rio ni escandalizó por la respuesta. ¡Pero cómo se iban a reír, si por ejemplo, Tania se emocionó cuando mi hija le regaló un libro por su último cumpleaños! “*Ay, gracias, no tenía ninguno...*”, le dijo a mi princesa, abrazándola.

Y es que, en realidad, hoy en día lo que quieren todos los chicos del mundo es ser magos. Pero no como los Reyes Magos, sino como Harry Potter; lo cual resulta hasta cierto punto enter necedor. Porque, al fin y al cabo, ahí puede verse un sentimiento de solidaridad, de unidad, que para los tiempos que corren no es moco de pavo. En estos días de *guantánamos* y de *guantazos* en general, y de nacionalismos y separatismos en particular, miedo me da pensar, por ejemplo, qué se va a enseñar en los colegios catalanes sobre Federica Montseny; o sobre Nina, aquella primera directora de *Operación Triunfo*; dos insignes catalanas que hicieron carrera en Madrid...

Dentro de diez años puede que Puigdemont sea estudiado en Cataluña como el padre de la patria; el gran estratega que liberó a la nación catalana del yugo español... Ya me imagino a ese Colón del puerto de Barcelona, señalando con el índice de su mano derecha el rincón más oscuro del sótano de algún

almacén de la Generalitat. Y en su lugar, allí, en lo alto de la enorme columna del puerto barcelonés, a ese Carles Puigdemont con su constituyente *Constitució* en la mano izquierda, apoyada sobre el adelantado pecho, y alargando su brazo derecho apuntando hacia España; señalándonos con el dedo... anular.

Hasta puede que la Iglesia catalana le haya hecho santo para entonces. Porque, no les quepa ninguna duda, si Cataluña se separa de España, la Iglesia catalana se las apañará para no andar muy lejos del poder del nuevo Estado; aunque para ello tengan que cambiar la mitra por la barretina. Y demos gracias: porque mientras siga existiendo el Dios católico, y sea uno —pero trino—, algo tendremos en común; aunque también es posible que para entonces el único ser omnipotente de todos los olimpos sea Harry Potter. ¿O acaso Jesucristo no se hizo famoso por sus súper poderes...?